En la historia de su práctica, los psicoanalistas se vieron enfrentados muy pronto a los efectos del inconsciente en las instituciones –se trate de instituciones asistenciales, formadoras o penitenciarias–. Hoy más que nunca muchos de ellos trabajan dentro de marcos institucionales, en donde ejercen funciones jerárquicas, políticas, económicas o terapéuticas. Estas diferentes experiencias suscitan una serie de preguntas sobre el inconsciente que allí se manifiesta, el discurso que se produce y las demandas que se expresan.

El objeto de este libro es poner en evidencia el orden propio de la realidad psíquica *movilizada* por el hecho institucional; esto es, trabajada o paralizada, pero sostenida en la institución.

Cada una de estas contribuciones propone herramientas conceptuales destinadas a asegurar o a cuestionar las prácticas existentes, pero también a paliar la actual ausencia de una teoría psicoanalítica de la institución.

En la medida en que el estudio de los procesos y estructuras psíquicas de la institución suele no ser accesible sino a partir del sufrimiento que en ella se experimenta, este libro –basado en reflexiones y desarrollos fundamentales del tema– aporta los elementos de una auténtica *patología de la vida institucional*.

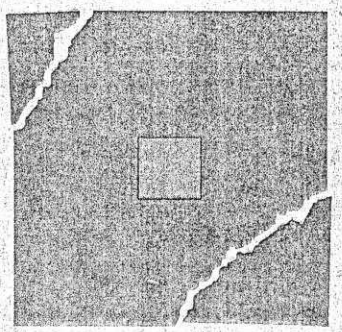
Editado por Paidos
Bs As (1989)

PAIDOS

La institución y las instituciones

ESTUDIOS PSICOANALITICOS

R. Kaës • J. Bleger • E. Enriquez
F. Fornari • P. Fustier
R. Roussillon • J. P. Vidal



Grupos e Instituciones

PAIDOS

CAPITULO 3

EL TRABAJO DE LA MUERTE EN LAS INSTITUCIONES

Eugène Enriquez

El análisis de las instituciones revela su carácter paradójico

1. Se trata por una parte de lugares pacificados, expresivos de un mundo que funciona bajo la égida de normas interiorizadas y donde reina, si no un consenso perfecto, al menos el suficiente acuerdo como para encarar y conducir una obra colectiva. A diferencia de las organizaciones cuyo objetivo es la producción limitada, cifrada y fechada de bienes o servicios y que se presentan como contingentes (por ejemplo, una empresa puede nacer o morir sin que su nacimiento o su desaparición impliquen consecuencias notables en la dinámica social), las instituciones, en la medida en que inician una modalidad específica de relación social, en la medida en que tienden a formar y socializar a los individuos de acuerdo con un patrón (*pattern*) específico y en que tienen la voluntad de prolongar un estado de cosas, desempeñan un papel esencial en la regulación social global. En efecto, su finalidad primordial es colaborar con el mantenimiento o renovación de las fuerzas vivas de la comunidad, permitiendo a los seres humanos ser capaces de vivir, amar, trabajar, cambiar y tal vez crear el mundo a su imagen. Su finalidad es de existencia, no de producción; se centra en las relaciones humanas, en la trama simbólica e imaginaria donde ellas se inscriben, y no en las relaciones económicas. La familia, la Iglesia, el Estado, los conjuntos educativos y terapéuticos, pueden considerarse legítimamente como instituciones, porque plantean todos los problemas de la *alteridad*, esto es, de la aceptación del otro en tanto sujeto pensante y autónomo por cada uno de los actores sociales

que mantienen con él relaciones afectivas y vínculos intelectuales. Las instituciones, que sellan el ingreso del hombre a un universo de valores, crean normas particulares y sistemas de referencia (mito o ideología) que sirven como ley organizadora también de la vida física y de la vida mental y social de los individuos que son sus miembros. Toda institución tiene la vocación de encarnar el bien común. Para hacerlo, favorecerá la manifestación de pulsiones con la condición de que se metaforicen y metabolicen en deseos socialmente aceptables y valorados, así como el despliegue de fantasmas y proyecciones imaginarias en tanto "trabajen" en el sentido del proyecto más o menos ilusorio de la institución, dado que la emergencia de símbolos tiene la función de unificar la institución y garantizar su poder sobre la conciencia y el inconsciente de sus miembros.

Sin instituciones, el mundo sería sólo relación de fuerzas, sería inconcebible cualquier civilización. En toda institución se pone al descubierto la mirada de lo divino, de quien permitió la existencia de la armonía en el mundo, nos dirigió un discurso de amor, y exige a cambio nuestro amor hacia él y hacia los otros. La significación última, manifiesta al tiempo que enmascarada, del mensaje institucional, es la presencia íntegra, atronadora, de Eros, que vincula a los seres entre sí ("amaos los unos a los otros", "amaos tanto como yo os amo") y que al favorecer el establecimiento de amplias unidades (S. Freud, 1929, pág. 77) permite a cada cual reconocer en el otro a su "prójimo", cuando todos se mueven a la sombra de la ley, y tienen identidad sólo en tanto portadores de esa ley, incontestada e incontestable. Este clamor de Eros tiene posibilidades de trastornar a los miembros de la institución. Si ése es el caso, no podrán darse cuenta de la silenciosa entrada de Tánatos en el proceso de instauración del vínculo. En efecto, Eros puede favorecer la identificación mutua, introducir una cohesión o una colusión definitiva, haciendo funcionar a la institución como una *comunidad de negación* (M. Fain, 1981). Esta cohesión se apuntala sobre un movimiento de seducción recíproca entre los miembros de la institución, que desbarata todo intento de reconsiderar el equilibrio erigido, cuando no facilita la instauración de un mecanismo englobador en el gran Todo y la construcción de un imaginario embaucador. Cuando sobreviene esa situación, triunfan la indiferenciación y

la homogenización, cuyas características mortíferas son de sobra conocidas. La institución "se convierte entonces en un modelo de comunión, de calor, de intimidad y fraternidad. Las relaciones entre los seres humanos se consideran entonces completamente fraternales... Un modelo de trabajo, de eficacia, es sustituido por un modelo de fusión, de cooperación y de comunicación sin fallas. Uno y otro modelo reflejan *la obsesión de la plenitud.* El miedo de la pérdida de tiempo en el primer modelo, el miedo al tiempo 'vacío', 'sin interés', sin comunión en el segundo modelo, traicionan por igual el miedo al tiempo que pasa, el miedo a la muerte... Huyendo de la muerte, nos precipitamos hacia ella" (E. Enriquez, 1967, pág. 304). Cabe preguntarse si la compulsión repetitiva no está ya funcionando en este trabajo de uniformización. Además, a partir del momento en que una institución vive bajo el modelo comunal, tiende a evitar las tensiones o, al menos, a mantenerlas en el nivel más bajo posible. Funciona como un sistema que se caracteriza por una autorregulación simple, que permite la preservación de *estados estables* (*homeostasis*) y por el constante aumento de la entropía (rechazo de toda creatividad) (E. Enriquez, 1972*b*; J. Laplanche, 1986), aumento tal en ciertos casos que el único camino que queda es el regreso al estado anorgánico (S. Freud, 1920). Siguiendo a A. Green, podríamos decir que promueve "un narcisismo de muerte" (1983). Tánatos se despliega en el lugar mismo donde parecía dominar Eros.

2. Por otra parte, las instituciones son lugares que no pueden impedir la emergencia de lo que estuvo en su origen y contra lo cual surgieron a la existencia: la violencia fundadora. Pese a los esfuerzos que las instituciones ponen en práctica para encubrir las condiciones de su nacimiento, son y siguen siendo herederas de uno o varios crímenes ("La sociedad descansa ahora sobre una culpa común, un crímen cometido en común". "Hay un acto memorable y criminal que sirvió como punto de partida a muchas cosas: organizaciones sociales, restricciones morales, religiones". S. Freud, 1912, pág. 163). Si bien renunciaron formalmente a la violencia de todos contra todos, instauraron la violencia legal. Esta, al definir la esfera de lo sagrado y lo profano, al enunciar prohibiciones, al desarrollar el sentimiento de

culpabilidad, se enuncia no como violencia sino como ley estructural. Pero al hacerlo engaña a los hombres porque exige de ellos sacrificios por los cuales las instituciones no suelen ofrecer sino compensaciones irrisorias (S. Freud, 1927), los coloca en situaciones intolerables, porque genera angustias y peligros específicos. Además, las instituciones indican por contraposición la constante posibilidad del asesinato de los otros. En efecto, sabemos que lo prohibido suscita el deseo de transgresión, que el conflicto y la rivalidad entre hermanos, miembros de la institución, siempre pueden romper el dique levantado por la necesidad de consenso. Frazer escribía precisamente: "La ley prohíbe lo que los hombres serían capaces de hacer bajo la presión de ciertos instintos. Lo que la naturaleza prohíbe y castiga no necesita ser prohibido y castigado por la ley" (Frazer, *in* S. Freud, 1912).

La violencia parece consustancial a la vida institucional, en tanto procede de la legalidad que reclama a los hombres la renuncia a sus pulsiones, y en tanto al hacerlo es capaz de reavivar los combates entre iguales y favorecer el deseo de transgresión de lo prohibido; pero la violencia institucional no se reduce a la violencia legal. En cuanto se instituye un grupo, se ponen en funcionamiento mecanismos nuevos: los individuos proyectan en el exterior pulsiones y objetos internos "que si no serían la fuente de ansiedad psicótica, y que ponen en común en la vida de las instituciones sociales donde se asocian" (E. Jaques, 1955, trad. fr. 1965, pág. 546); ataques contra los vínculos (W.-R. Bion, 1959), no solamente por parte de pacientes psicóticos, sino por parte de todo individuo que utiliza electivamente tipos de defensa primarios como el clivaje y la clausura; proliferación de mentiras, de afirmaciones dictatoriales (W.-R. Bion, 1962*a*) o "indiscutibles" (en tanto ritman un discurso cerrado sobre sí mismo, que no permite a nadie contradecirlo ni corroborarlo) y tanto más frecuentes cuanto que las instituciones no favorecen la indagación de la verdad sino las luchas por el poder; claro que esto no equivale a decir que "las instituciones empleadas de esta manera se vuelvan psicóticas, pero implica efectivamente que esperamos encontrar en las relaciones de grupo manifestaciones de irrealismo, de clivaje, de hostilidad, de suspicacia" (E. Jaques, 1955, pág. 547). En cuanto a las estructuras adoptadas

para que la institución funcione, se presentan como "defensas contra la ansiedad depresiva y contra la ansiedad persecutoria" (E. Jaques, 1955) o bien (en una prolongación heterodoxa del pensamiento de Jaques) como defensas contra lo informe, las pulsiones, los otros, lo desconocido, la palabra libre, el pensamiento (E. Enriquez, 1983).

Si admitimos que la institución, a pesar de sus estructuras, no instaura una pantalla suficiente como para impedir que sus miembros se sientan mutuamente invadidos por las proyecciones de unos y de otros, y que experimenten entonces un sentimiento de intrusión de su psique y desecamiento de sus pensamientos y emociones; que difícilmente logra que sus miembros acepten la necesidad de controlar y simbolizar la separación, dado que ellos tienden a negarla o bien a fijarla en lucha por el poder y en agresividad; que la atraviesan movimientos de descarga y contracarga; que al promulgar ideales favorece la aparición de conductas paranoicas, y al tratar de promover un espacio de sueño y fantasía se arriesga a dar libre curso al deseo perverso, puesto que el más loco y dañino de los sueños siempre puede ocultarse bajo la máscara de la creatividad, entonces hemos de admitir que Tánatos (aun cuando no exista "destrudo" autónomo en el pensamiento freudiano) desempeña un papel esencial en la vida de la institución.

Así pues, resulta urgente una reflexión sobre el trabajo de la muerte en las instituciones. Esa reflexión ha de elucidar las metamorfosis, los procesos de sustitución, desplazamiento y metaforización que hacen que la institución juegue siempre a quien pierde gana, que la muerte pueda estar presente fuera del lugar que se tendería a asignarle, que la vida puede avanzar por el camino tomado por el ángel de la muerte. Estamos invitados a un juego de disfraces, de vértigo (*ilynx*). De modo que tenemos que tratar de poner un poco de orden para no caer en lo insensato, aun cuando sepamos de entrada que lo impensado, lo innombrable, lo indecible tendrán siempre —otra paradoja— la última palabra.

I. LAS INSTITUCIONES: SISTEMAS CULTURALES, SIMBOLICOS E IMAGINARIOS

Las instituciones, elementos de regulación social global e imagen de lo divino (toda institución se erige en institución divina en tanto se enuncia como la única que promete a quienes la habitan la salvación y la redención), se presentan como conjuntos culturales, simbólicos e imaginarios.

1. Sistemas culturales

1.1. Ofrecen una cultura, es decir, un sistema de valores y normas, un sistema de pensamiento y acción que debe modelar la conducta de sus agentes ante los individuos que les son confiados o que expresaron una demanda respecto de ellas.

1.2. Establecen cierta manera de vivir en la institución, una armazón estructural (ejemplo: reunión institucional, reunión sobre problemas precisos, reunión de pequeños grupos de especialistas, tipos de juegos con los niños, espacio otorgado a cada cual) que se cristaliza en determinada cultura, esto es, en atribución de lugares, expectativas de roles, conductas más o menos estereotipadas, costumbres de pensamiento y acción, rituales minuciosamente observados, que tienen que facilitar la edificación de una obra colectiva.

1.3. Desarrollan un proceso de formación y socialización de los diferentes actores, para que cada uno pueda definirse en relación con el ideal propuesto.

El modelo real de socialización —dicho de otro modo, el que se pone en práctica efectivamente— puede ser muy diferente de los principios teóricos a los que se remite y de la armazón estructural creada para hacerlos vivir. El grado de contradicción o de complementariedad entre esos diferentes momentos de la cultura (como así también el grado de consistencia y de coherencia que presenta cada cual) es un problema central. Cualquiera sea el modo como se resuelve, los tres momentos culturales no solamente desempeñan un papel cargado de sentidos implícitos en la vida institucional, sino que son indispensables para el esta-

blecimiento y permanencia de la institución, porque garantizan la *identidad* a la que aspira todo conjunto social.

2. *Sistemas simbólicos*

Una institución no puede vivir sin segregar uno o varios mitos unificadores, sin instaurar ritos de iniciación, de tránsito y de logro, sin darse héroes tutelares (muchas veces tomados de los fundadores reales o imaginarios de la institución), sin contar y/o inventar una historia que ocupará el lugar de la memoria colectiva; mitos, ritos, héroes, sagas cuya función es sedimentar la acción de los miembros de la institución, servirles como sistema de legitimación, dando así sentido a sus prácticas y a su vida. Entonces la institución puede ofrecerse como objeto ideal a interiorizar, a hacer vivir, al que todos deben manifestar su lealtad, cuando no sacrificarse. Plantea exigencias y conmina a cada cual a ser movido por el orgullo del trabajo a cumplir, verdadera misión salvadora.

Si de hecho no todas las instituciones pueden darse un sistema simbólico tan cerrado sobre sí mismo y tan coactivo para sus miembros, buscan consciente o inconscientemente edificarlo. Y esto tanto más cuanto que se sienten menos seguras de sí mismas, y desean reinstituirse, devolverse un fundamento sólido y desarrollar así un nuevo control más total sobre sus miembros.

Las instituciones "sin historia" tienen sus mitos, ritos y héroes, pero no necesitan evocarlos constantemente. "Padre nuestro que estás en los cielos/ quédate allí/ y nosotros nos quedamos en esta tierra/ que a veces es tan linda", escribía Prévert. Cuando los padres se quedan en el cielo, cuando el mito se mantiene a la mayor distancia posible de los hombres, cuando no invade la vida cotidiana, desempeña la función de garante de la vida psíquica y social (E. Enriquez, 1986). Los hombres pueden consagrarse a sus problemas y hacer vivir a la institución. Cuando el mito se vuelve invasor (con su cortejo de ritos, sagas, héroes), atrapa a los seres en un sentido preestablecido y, al querer devolverles la vida, les quita toda posibilidad de escapar a la ruina que los acecha, aun cuando temporariamente parezca proporcionarles un nuevo elemento de cohesión.

3. *Sistemas imaginarios*

Imaginarios en la medida en que la institución va a tratar de atrapar a los sujetos en la trampa de sus propios deseos de afirmación narcisista y de identificación, en sus fantasmas de omnipotencia o en su demanda de amor, fortaleciéndose de poder responder a sus deseos en lo que tienen de más excesivos y arcaicos (afirmación narcisista que se despliega bajo los rostros del líder, del tirano, del organizador y del seductor; identificación masiva cuya finalidad es la comunión y la fusión amorosa con otros) y de transformar sus fantasmas en realidad (ilusión mortífera desde el momento en que la función del fantasma es seguir siendo lo que no debe realizarse, y proporcionar los fundamentos y elementos creativos necesarios para la reflexión y la voluntad transformadora). Imaginarios también en tanto la institución les garantiza su capacidad de protegerlos de la posibilidad de vacilación de su identidad, de sus miedos de destrucción, de la angustia de fragmentación que suscita y alimenta toda vida comunitaria, procurándoles las sólidas corazas del status y el rol (constitutivas de la identidad social) y la identidad masiva de la institución.

Al prometerles tratar de responder a su llamado (angustias, deseos, fantasmas, demandas), tiende a sustituir con su propio imaginario el de ellos. Por una parte, la institución divina, todopoderosa, referencia única, que niega el tiempo y la muerte, madre englobadora y devoradora, y al mismo tiempo madre benévola y nutricia, progenitor castrador y simultáneamente padre simbólico; por otra, la institución amenazada por perseguidores externos o internos deseosos de impedirle que cumpla la misión de que está investida, recorrida por miedos específicos: miedo de regresar al caos, miedo de lo desconocido externo e interno indomeñable, miedo de las pulsiones destructoras y de las pulsiones amorosas no controlables. Al aparecer a la vez como todopoderoso y de extrema fragilidad, al multiplicar las imágenes más contradictorias y contrastadas, pero siempre las que provocan temor y temblor, amor y alienación, aspira a ocupar la totalidad del espacio psíquico de los individuos, que ya no pueden desligarse de ella e imaginar otras conductas posibles. Los ahoga y los abraza, los mata y los hace vivir. El día en que

ese tornasol imaginario ya no funciona más o puede desmentirse, entonces cada miembro se pone a jugar su propio juego (con o *contra* la institución), y ésta, puesta al descubierto, se transforma en una simple organización de trabajo con sus reglas y códigos, es decir, en un lugar donde las pasiones se apaciguan y lo imaginario ya no tiene vocación de reinar.

Las instituciones en tanto sistemas culturales, simbólicos e imaginarios, se presentan pues como conjuntos englobantes, que aspiran a imprimir su sello distintivo en el cuerpo, el pensamiento y la psique de cada uno de sus miembros. Van a favorecer la construcción de individuos que les sean devotos, en la medida en que logren instaurarse para ellos como polo ideal, y enfermarlos de ese ideal. Sin embargo pocas veces lograrán sus fines de posesión total y de formación de estructura clausurada: terminarían por engendrar un universo conformista, repetitivo y dedicado a degradarse irresistiblemente y morir, salvo que se dé una tregua persiguiendo la muerte de los otros. Pero el hecho de que no logren desarrollar todas las consecuencias implícitas en su esencia y su modo de existencia tal como está formalmente organizado, no significa que no traten de "perseverar en su ser", y que no se coloquen de entrada, por su voluntad totalitaria y por su rechazo de la variedad y la aceptación de una alteridad radical, en un registro que, teniendo en finalidad hacer surgir lo viviente, corre de hecho el riesgo de estar bajo la égida del triunfo de la muerte.

II. LAS CARACTERISTICAS DE LAS INSTITUCIONES TERAPEUTICAS

A la manera de sus congéneres, estas instituciones están pobladas de individuos que *por naturaleza* ocupan posiciones asimétricas. Sabemos que la institución familiar, por el hecho mismo del carácter inconcluso del niño, coloca a éste en una situación de dependencia total; que la escuela instaura una separación entre un maestro, guardián del saber, y un alumno en proceso de aprendizaje; que el ejército instaura una diferencia fundamental entre el comandante y el soldado, etc. La institución terapéutica no deroga esa asimetría. Ella también coloca de un lado los médicos, enfermeros, educadores, analistas, formadores,

poseedores de técnicas más o menos sofisticadas, y de otro a los "clientes" que en primera instancia podrían definirse como objeto de esas técnicas. Pero ofrecen una modalidad de existencia particular: si en las demás instituciones las relaciones son asimétricas sólo por un tiempo, si el niño puede llegar a ser padre, el alumno maestro, el soldado comandante; si las demás instituciones toman por la fuerza al individuo y le asignan un lugar que él no pidió nunca (el niño no elige a su familia, ni el alumno a la escuela, ni el soldado a su ejército), no sucede lo mismo en el caso de las instituciones terapéuticas.

En éstas (se trate de instituciones hospitalarias, de reeducación, de acogida, protección o salvaguarda) la relación asimétrica es permanente, y los individuos atendidos nunca llegarán a ser miembros activos de estas instituciones. Además, todos ellos expresan más o menos explícitamente una demanda de cura. Son pacientes que vienen en busca de ayuda, de asistencia, de consejo. Llegan llenos de esperanza y dispuestos a la sumisión (salvo que sean sus padres que, en tanto voceros, adoptan esa actitud de expectativa), pero también con sus exigencias desmesuradas y sus posibilidades de rebelión y violencia.

1. Encuentro con lo arbitrario

Se trata de personas que, como lo subraya P. Aulagnier (1975), han encontrado en sus vidas lo arbitrario y no una ley estructurante. En efecto, han experimentado un *exceso*: exceso de contactos eróticos en unos casos, de amor invasor, de apego englobante, y en otros casos exceso de golpes, de odio destructor, de deseos de muerte o más sencillamente de indiferencia de sus padres (sus primeros educadores), que los hacen vivir en una situación de carencia afectiva insoportable. De modo que no tuvieron la posibilidad de confrontarse ni con límites y prohibiciones explicados y aceptables, por consiguiente estructurantes, ni con un amor positivo (aun cuando todo amor es ambivalente) que favoreciera la gradual autonomía de su personalidad. No han estado en condiciones de vivir una represión necesaria para la constitución de un sujeto viviente que, remontándose al orden de lo prohibido y el lenguaje, es siempre el signo de que la instancia represora marcó su presencia, su atención y su interés afecti-

vo respecto a aquel sobre quien interviene. Si esa represión hubiera tenido lugar, hubiera sido creadora de cultura y de lenguaje, y hubiera abierto las puertas a la sublimación. Si no fue posible, tal vez se deba a que lo reprimido no haya estado en su lugar en los mismos padres. Entonces no pueden plantearse como sujetos de cultura, no pueden inducir sino a una represión completamente arbitraria (una violencia por exceso y no una violencia constructiva) impidiendo la fantasmización y el encarrilamiento del sentido. Es lo que pasa en la psicosis si nos referimos a la teorización que propone P. Aulagnier. Esta autora escribe: "En el registro de la psicosis, la represión aspira a volver imposible la revelación de un no reprimido presente y que actúa en la psique materna. En tanto instancia represora, la madre prohibirá al hijo todo pensamiento, toda significación, toda interpretación, que pusiera en palabras eso *no reprimido*. Por eso en este caso no puede haber una alianza positiva, estructurante, entre la acción represora operada por el padre y la acción represora que debiera apropiarse el Yo" (P. Aulagnier, 1984, pág. 259). Puede estar en juego otra determinación: la ausencia de todo discurso de represión por parte de los primeros educadores. En esas condiciones, los padres no pudieron sino enfrentarse al odio y a la supresión. "Si la represión [*refoulement*] pertenece al orden de lo prohibido y el lenguaje, la supresión [*repression*] pertenece al orden de la censura y la violencia... La violencia, como lo había señalado G. Bataille, es un discurso sin voz. La violencia no se puede hablar: se vive, se expresa, trabaja al nivel de una marca sin mediaciones (sin lenguaje) sobre el cuerpo y el espíritu. El discurso de la supresión es el del *cuerpo a cuerpo*, y su ser (el perseguidor) no tiene otra finalidad que la de transformar a un sujeto que podría ser deseante en un 'cuerpo a abatir' " (E. Enriquez, 1972*a*, pág. 90). En ese caso, no se puede constituir ninguna estructura significativa; lo instituido es en cambio una falta de esperanza, asociada con un ascenso de angustias de muerte (angustias de ser devorado, de vacío, de ruina), es una ausencia de forma (M. Enriquez, 1976), una imposibilidad de acceder al deseo y a veces, incluso, un odio mortal del deseo; la violencia destructora y autodestructora, la tentación del Apocalipsis o del Nirvana son sus frutos.

En uno y otro caso con mayor o menor acuidad, los individuos vivirán la pérdida del sentido y de su posibilidad de construir el sentido. No pueden ver en los otros, en lo social, nada más que una amenaza pronta a actuar. Cierto que no todos los pacientes vivieron estas situaciones extremas. Algunos de ellos fueron enfrentados a prohibiciones estructurantes. Entonces su demanda de ayuda se debe a un exceso o a un déficit de prohibiciones, cuando no a la imposibilidad de encontrarse y definirse en el laberinto de las prohibiciones múltiples que les son impuestas sin jerarquía.

2. *El exceso de prohibiciones*

Exceso de prohibiciones: así las viven los pacientes que padecieron una educación rígida, de tipo puritano, donde lo que estaba en juego no era solamente no transgredir la prohibición, sino considerar con horror lo designado por ella, como la expresión de lo demoníaco oculto en cada ser, y que sólo espera un aflojamiento de la ascesis para manifestarse en su virulencia y como contra natura. Cuando eso se produce, asistimos a un desarrollo tal del sentimiento de culpa, derivado de la angustia ante la retirada de amor, de la angustia ante el superyó (indispensable para la creación y la permanencia de la civilización) que a través de la renuncia casi completa a la satisfacción de las pulsiones, lleva a niveles de tensión intolerables. Nos encontramos con individuos incapaces de seguir el programa del principio del placer, que ya no saben amar (cuando en cambio se muestran casi siempre muy aptos al trabajo minucioso, dispuestos a sacrificarse por un ideal y felices de someterse a obligaciones morales), y por consiguiente son incapaces de deseo, dado que el deseo es indisociable del placer, de la búsqueda de un objeto que procure placer y al que el sujeto desea procurar placer. Individuos socialmente instituidos que viven en el espacio social y que se han arriesgado a ignorar su espacio psíquico, o lo han nutrido exclusivamente con prohibiciones e intimaciones de valores sociales y paternales, han muerto para sí mismos; porque son tan incapaces de interrogarse y dudar como de interrogar, de transformar el mundo donde tienen que vivir. Son incapaces de creación. Como escribe J. Mac Dougall: "El inadaptado de tipo normal se ha creado un caparazón que lo protege de todo desper-

tar a sus conflictos neuróticos o psicóticos. Respeta las ideas recibidas, como respeta las reglas de la sociedad; y no las transgrede ni siquiera con la imaginación. El sabor de la vainilla no desencadena nada en él, y no perderá su tiempo en busca del tiempo perdido.Y sin embargo algo ha perdido. Esa normalidad es una carencia que afecta la vida fantasmática y aleja el sujeto de sí mismo" (Mac Dougall, 1978, pág. 220).

Cuando no necesitan la institución terapéutica o formativa, cuando no experimentan fallas en su caparazón, se conforman con vivir como muertos-vivos, y con hacer pagar a su entorno, a su familia y a sus subordinados su estado de renunciamiento pulsional erótico. En realidad no podrán hacer más que ejercer su voluntad de control, doblegar a los otros bajo el peso de sus exigencias, volcar en ellos su pulsión agresiva. A menudo se convierten en seres perseguidores, que odian. Cuando estalle una guerra, cuando los inmigrados los "invadan", proyectarán de buena fe sobre ellos su violencia que exige ser saciada. Se los encuentra con frecuencia entre los dirigentes de empresas y de partidos.

Pero si se instala una falla (provocada por un rechazo para el que no estaban preparados: ser dejados a un lado, el divorcio, el rechazo por parte de los hijos, la desocupación, la necesidad de reconvertirse) entonces se sienten perseguidos, no entienden lo que les pasa, pueden inclinarse a la locura, o ser presas de la idea del suicidio. Piden ayuda, pero la pulsión de muerte que los anima les va a impedir abrir los ojos, tener "los ojos fértiles" (Eluard), acceder a la reflexividad y al deseo creador.

También pueden vivir niveles de tensión tan elevados que la energía durante mucho tiempo comprimida se derramará de golpe, y harán lo que nunca se habían animado a hacer y siempre habían imputado a sus adversarios: van a sentir remontarse dentro de ellos emociones de las que no se creían capaces, y acudirán en busca de asistencia.

Terapeutas y formadores conocen bien a estos individuos sin problemas, cuyo problema consiste precisamente en no haber podido admitir y aceptar su conflicto y sus sufrimientos, y que funcionan bajo la égida de una ideología protectora que les impide vivir y pensar. Hombres del conformismo, hombres de lo social y no de la cultura, están siempre a la merced de una "ruptura" que no saben enfrentar.

3. El déficit de prohibiciones

La civilización moderna favorece la eclosión de individuos abandonados a sí mismos, a quienes los padres no pudieron servir como referencia porque, viviendo ellos mismos en una situación de perturbación, cuando no de riesgo psicológico, son incapaces de enunciar prohibiciones estructurantes. Estos individuos están de hecho despojados de superyó y de ideal del yo (aun cuando evidentemente nadie puede vivir cuando ciertas instancias psíquicas faltan por completo). Para ser más exactos, tienen como grupo de apoyo solamente a sus "pares", y los ideales mediáticos propuestos masivamente. "Lo que empieza por el padre acaba en la masa" (S. Freud, 1929, pág. 91). La masa versátil, atrapada por los discursos más groseros, las imágenes más violentas, impropias de la imaginación creadora, se entrega a los ídolos más efímeros, a los impulsos más primarios, y vive bajo la égida de lo arcaico. Está poblada de seres que viven en lo transitorio, en el encuentro instantáneo, y a quienes les falta la capacidad de confrontarse con la alteridad debido a que la suya nunca fue conocida. De modo que el otro sólo puede ser percibido en tanto objeto de satisfacción de sus necesidades más inmediatas, menos metabolizadas. Si los individuos que han padecido un exceso de prohibiciones están movidos por un sentimiento de culpabilidad insoportable, éstos en cambio son incapaces de culpabilidad y de remordimiento. Como no han reprimido nada inconscientemente (aunque hayan sufrido represión explícita) funcionan bajo el registro de la búsqueda de la satisfacción inmediata. Transmiten la sensación de seres en estado de involución, que tratan de satisfacer las demandas del ello, pero son impotentes para integrarlas en un yo voluntario, porque nada les permite distinguir entre las exigencias contradictorias del ello, y porque no se les ha propuesto ninguna conciencia moral, ninguna preocupación por un ideal a construir. Hijos de individuos golpeados, lábiles, fronterizos, "sin forma", viven problemas de identidad y no pueden situarse en la temporalidad que permite filtrar los deseos. Se convertirán en esos delincuentes para quienes el lenguaje está vacío de significación; en esos toxicómanos que buscan la realización de su yo ideal en la huida fuera de la realidad (todo déficit del ideal del yo consolida el yo ideal y su

necesidad de omnipotencia inmediatamente realizada); esos inadaptados amorfos sobre los que es difícil influir, porque nunca fueron investidos como personas autónomas, porque recibieron la indiferencia de sus padres y de su ambiente: se volverán indiferentes a sí mismos (incapaces de explicar las razones de sus actos y de seguir un proyecto) tanto como a los demás. Seres de la fragmentación, de intensidades, de contactos instantáneos, viven cotidianamente su muerte de manera pasiva. Nada importa; todo da igual; el mañana no existe; nadie es responsable de nada; ésos son los elementos constitutivos de su *credo*. Terapeutas, educadores y reeducadores se preguntan cómo ayudarlos a construirse una identidad, a hacerlos capaces de amor, a darles ganas de trabajar, a convertirlos en sujetos responsables de su vida y de su tiempo. En efecto, parecería que en ellos la única gana es el regreso al estado anorgánico. Sufren violentamente por no haber encontrado puntos de sostén y de anclaje. Pero no lo saben. Necesitarían aprender a sufrir para pasar de la situación de sufrientes a la de seres de sufrimiento (dado que el sufrimiento tiene una función identificatoria, como señala M. Enriquez, 1980), es es decir, a la de seres capaces de pensar y de actuar. Hegel decía: "Para pensar hay que estar desgarrado". También hay que ser consciente de estarlo.

4. El laberinto de las prohibiciones

Si en algunos aspectos nuestra civilización, bajo el signo de una falsa liberación, expresa una ausencia de prohibiciones estructurantes, en otros (J. Laplanche, 1967), multiplica las prohibiciones y las obligaciones cargadas de arbitrariedad. Los individuos se ven atrapados en una serie de normas (y no en un sistema de normas que estuviera en condiciones de garantizar a los sujetos su coherencia) no jerarquizadas (normas jurídicas, normas de vida históricamente instituidas, normas de un grupo diferentes de un grupo al otro) que impiden a los individuos tener puntos de apoyo, apuntalar su vida sobre fundamentos sólidos.

Entonces son empujados de una norma a otra, de normas oficiales ("hay que trabajar para triunfar") a normas insidiosamente evocadas ("para triunfar, como la única salida es la financiera, hay que librarse a la suerte: juegos de azar, quiniela, prode, lotería, y a la camaradería"), de normas de solidaridad a normas de individualismo. ¿Cómo reconocerse en ellas? Cuanto más se diferencia la civilización, menos promulga leyes unívocas; cuanto más pierde el individuo sus puntos de referencia, más cuestionada, más fragmentada resulta su identidad, y más forzado se ve a elaborar duelos y a procesar reorganizaciones de su personalidad... Así se vuelve comprensible el ascenso de las neurosis de nuestro tiempo vinculado con la imposibilidad de referencia a normas de conducta universales, dado que cada organización promulga normas que ya no tienen para los individuos carácter sagrado (E. Enriquez, 1980). Aparte de la neurosis, las únicas soluciones abiertas al sujeto son: el repliegue sobre sí, la "personalidad narcisista", presa del delirio de grandeza en la incapacidad de reconocer a los otros y en la ilusión de creerse creador de normas afirmativas que permiten dar la última palabra a la pulsión autoconservadora; o bien la elección de una norma temporaria valorizada, que sirve de ideal y rige la vida, que culmina en la creación de lo que podemos llamar "personalidades oscilantes". Los ejemplos serían múltiples. Mencionamos simplemente a los intelectuales que pasaron del estalinismo al maoísmo y de allí al liberalismo y a la defensa de la sociedad occidental, si es que (en casos afortunadamente raros) no pasaron de la extrema izquierda a la derecha más virulenta, y aun a la extrema derecha nazi. La característica esencial de esas personalidades es la compulsión al compromiso y al descompromiso, a la superinversión y a la contrainversión, sin cuestionamiento radical y sin cambios internos. Su actitud es perentoria: queman lo que adoraron, adoran aquello de lo que se burlaban, sin poner en cuestión esa necesidad de referirse a un polo idealizado y sin preguntarse qué sentido puede tener. Van de una ilusión a otra, siempre seguros de estar en la verdad. Podrían hacer suya la famosa frase: "Yo, la verdad, hablo", aun cuando nunca se trate de la verdad.

Las personalidades narcisistas y las personalidades oscilantes nunca piden ayuda, porque son incapaces de interrogarse. Sólo si su tranquilidad se ve empañada (cosa que sucede difícilmente, dado que nuestra sociedad está ávida de personalidades así) verán despertarse la duda y sabrán lo que es la vacilación.

En cambio, los que no saben ya "a qué santo encomendarse" vienen a buscar formadores para que les indiquen "el buen camino" (cuántas veces escuchamos a dirigentes de empresas que nos piden: "Díganos lo que tenemos que hacer"), o terapeutas que les permitan enfrentarse a sus conflictos neuróticos. Estos últimos son sin duda los menos atravesados por la pulsión de muerte, en la medida en que sienten subir en ellos la angustia de la vida.

Cualquiera sea el sufrimiento que opera en la psique de estos diversos pacientes, se presentan como individuos desadaptados, fragmentados (dado que el principio unificador tiende a faltar), atravesados por la pulsión de muerte de los otros (y de la sociedad) que interiorizaron y que vuelven contra ellos mismos o/y contra su entorno, empujados por el odio de sí y de los otros o, al menos, por una interrogación dolorosa que pone en cuestión la posibilidad de estar vivo, en otras palabras, de darse una finalidad y de querer realizar algo para sí y para los otros, y a veces por la desaparición en ellos de todo deseo. Su estado de infortunio más o menos total, debido a la situación de cataclismo que vivieron, los lleva al borde del caos, donde pueden oscilar (delirio) o hundirse lentamente. Su psique está en peligro de muerte, y sabemos que la muerte psíquica arrastra ineluctablemente la degradación lenta pero irreversible, o la muerte física, propia y de otros. Están allí con un grito silencioso, y esperan que un sujeto los escuche y, mediante su presencia atenta, indique que pueden recibir el sentido (o la ausencia de sentido) del que son portadores sin saberlo.

III. EL EQUIPO TERAPEUTICO

Estos individuos que están mal consigo mismos, encuentran operadores sociales (médicos, psicoanalistas, educadores, formadores, psicólogos...) que los tomarán a su cargo dentro de una institución que funciona de acuerdo con los principios que habíamos definido antes. De modo que hemos de preguntarnos qué es lo que motiva a estos operadores en su relación con los pacientes.

Quienes trabajan en lo "psíquico" lo hacen por razones tan variadas que parecería inútil tratar de registrarlas y categorizar-

las. Sin embargo, esa multiplicidad de razones remite a constantes que es interesante revelar, aun cuando son relativamente conocidas para quienes se mueven en ese terreno.

1. Seres marginales

Estos operadores son seres marginales (R. Kaës, 1976). Si la sociedad contemporánea occidental es esencialmente una sociedad de producción y un lugar donde cada cual es interpelado en su capacidad de decidir por sí mismo, de dominar y de entrar en competencia, esas personas atestiguan que no se interesan ni en la producción, ni en la decisión ni en el poder, es decir, en nada que sea constitutivo de la existencia de esta sociedad. Si un psicoanalista puede tener poder (y sabemos que ese poder puede ser exorbitante), lo que lo caracteriza como psicoanalista es no emplear su poder, no decidir en lugar del otro, no querer adaptarlo directamente al sistema social. Ser marginal significa conducirse de manera no congruente con el sistema social y tomarse a pecho lo que al sistema no le preocupa: la verdad y la autonomía del sujeto, porque el sistema social es un lugar de simulación e hipocresía que exige a los individuos que sean solamente productores-consumidores, a los que necesita para perpetuarse.

Esa posición marginal comporta siempre como posibilidad la negación o el olvido de las exigencias sociales y de la realidad histórica, donde terapeuta y paciente están comprometidos.La relación terapéutica puede idealizarse. La complacencia para con su acción, el interés por su función, pueden arrastrar al terapeuta (y en consecuencia a su paciente) a la instauración de un proceso de desrealización. En ese momento puede ponerse a creer que el amor de transferencia que se despliega es un verdadero amor y que el análisis puede reemplazar a la vida.

Es cierto que en la mayoría de los casos el terapeuta no caerá en esa trampa. Pero la tentación es grande, porque todo marginal aspira a convertirse en central haciendo prevalecer una palabra nueva. Cabe preguntarse incluso si no es ese deseo el que lo constituyó en principio como marginal. Si sucumbe a la tentación, tomará a su paciente en una relación global, se convertirá en su padre y su madre, su amante real, y le impedirá despren-

derse de él y de la relación así creada. Lo va a situar en una relación de seducción en tanto intento de ejercer un "poder sexual" violentador (en el sentido de que provoca en el otro una imposibilidad de aceptar la separación, de simbolizarla, y una constante espera de gratificación); seducción en tanto proposición al paciente de "mensajes cargados de sentido y deseos, pero cuya clave no posee (significantes enigmáticos)" (J. Laplanche, 1986, pág. 18); seducción en tanto obstáculo que mantiene al paciente en la idea psicotizante de haber descubierto el objeto perdido. Así que no estará en condiciones de construir un objeto e investirlo (A. Green, 1986).

Para un sujeto la vida es ante todo el acto de desprenderse y autonomizarse, y a partir de allí se verá comprometida. En la medida en que el paciente es él mismo un marginal (dado que la sociedad contemporánea tiende a considerar "anormal" a toda persona enferma, ansiosa o en estado de abandono), el terapeuta corre el riesgo de estar fascinado por un paciente, de identificarse con él y con sus normas, o al menos de establecer con él una connivencia tal que contribuirá a crear una situación en que el análisis se volverá imposible.

2. *Personas preocupadas por sus problemas psíquicos*

Estos operadores están preocupados por sus problemas psíquicos mal o insuficientemente resueltos. El mismo Freud decía que había soñado con una vida sexual más libre, sin tener sin embargo el coraje y la voluntad de afrontarla. Es corriente constatar que el terapeuta sigue su propio trabajo de exploración de su psique en la relación que entabla con los pacientes. Algunos afirman incluso que la conducción esencial para escuchar a otro debatirse con sus conflictos es que el terapeuta esté cerca de sus propios conflictos internos. ¿Acaso Nietzsche no escribió: "Hay que tener un caos dentro de sí para parir un estrella que danza"? El terapeuta tiene asimismo que "tener un caos dentro de sí" para permitir al individuo la creación de nuevos vínculos simbólicos y la institución de nuevas formas.

Estas ideas son pertinentes. Sin embargo, siguen siendo insuficientes en tanto no hemos apuntado al problema esencial que vive el terapeuta, que es el de su mito personal. Todo mito

concierne al origen, todo mito tiene como finalidad la edificación de un mundo. La pregunta que se plantea el terapeuta es la pregunta central a partir de la cual se constituye todo sujeto humano, y que Freud puso al descubierto en "las teorías sexuales infantiles" (1905): ¿De dónde vienen los niños? ¿Cómo nací?

Siempre se trata de una pregunta referida al parentesco y a la filiación, a la diferencia de sexos y a la diferencia de generaciones. En la mayor parte de la gente esta pregunta está olvidada o recubierta. En los terapeutas se mantiene presente de manera punzante. Se declina de la siguiente manera: ¿quiénes eran mi padre y mi madre; fui deseado; puedo aceptar que ellos me hayan creado; cuál es en mí la parte masculina y la parte femenina; en qué medida soy mi propio creador; bajo qué modalidades soy capaz de engendrar otros seres humanos; soy un "verdadero" padre o una "verdadera" madre (dicho de otro modo, puedo desempeñar la función de garante simbólico); soy el hijo de aquellos a quienes engendré?

El terapeuta nunca está seguro de haber sido deseado por sus padres, de haber nacido realmente, de estar en condiciones de favorecer el nacimiento de otro. Necesita a los otros, su mirada, su amor, su reconocimiento, pero también su odio y sus preguntas, para saber que existe. Colocado en una posición de casi mago, como el Próspero de *La tempestad* o el Alcandro de *La ilusión cómica*, dado que instaura una realidad que no excluye la fantasmatización, se pregunta si no es él mismo el objeto del sueño que instaura. Como Chuang-Tse, se puede preguntar si sueña con una mariposa o si es una mariposa que sueña con Chuang-Tse. A veces se mantendrá dentro de esta pregunta, atrapado en su posición ilusoria. Pero de todas maneras está condenado a pasar por el encuentro con otro para tener una posibilidad de saber si existe, de quién es hijo, de quién es padre. El peligro que corre y que hace correr a su cliente, al no poder tratar sus conflictos, es plantearse como referencia, como el único padre (estableciendo una confluencia "delirante" entre padre real, padre imaginario, padre simbólico), convirtiéndose así en progenitor, castrador, que sólo soporta el engendro de lo *mismo*: o bien, como lo muestra Searles (1975), provocar un conflicto afectivo en el paciente que tienda a volverlo enfermo, loco y sin

deseos. Todo deseo de formar, de engendrar, tiene como contrapartida el deseo inverso de deformar, romper, fragmentar al otro. Todo padre formula inconscientemente deseos de muerte sobre sus hijos. Obsesionado por el problema de la filiación, el que trabaja en lo social tiene más oportunidades que otros de hacer que esos deseos sean operantes.

3. Seres en proceso de cambio

Por último, el terapeuta percibe al individuo como ser en proceso de cambio (como una casi esencia que se descubre a través de la existencia y del movimiento que no logra revestir una forma sustancial), que vive de sus conflictos, de sus contradicciones y del intento de tratarlos. Así que es sensible a lo imprevisto, a lo maravilloso, a la sorpresa, desea favorecer en otros un proceso de descubrimiento de la verdad que lo constituye e instituye. El problema es entonces poder continuar accediendo en él a "la perturbación de pensar" (Tocqueville) y teniendo en cuenta el propio éxito profesional, no dejarse seducir por la idea de la buena forma a la que debiera acceder su cliente para que éste realice sus posibilidades.

El ideal de Pigmalión obsesiona a todo interviniente; la tendencia a clausurar la experiencia sigue siendo una tentación constante, en la medida en que el terapeuta siempre teme que el paciente lo lleve por caminos no balizados, donde los dos podrían encontrar la experiencia innombrable, la que ni uno ni otro estarían en condiciones de controlar.

Todo terapeuta pone más o menos en marcha, sobre el escenario de la relación con otros, proyectos conscientes o fantasmas inconscientes (R. Kaës, 1973, 1976*b*) referidos al modelo del formador, el que da la buena forma, el médico obsesionado por la cura, el partero "socrático", el militante que transforma el mundo, el reparador que impide que los traumatismos del paciente se vuelvan "irreparables". Cabría evocar otros modelos. No pueden no conducir la acción del que interviene. Pero lo que procede demuestra que esos modelos y esos fantasmas necesarios a la acción terapéutica no son inocentes. El deseo de cura profundamente expresado y motor exclusivo de la acción puede

provocar una reacción terapéutica negativa y encerrar aun más al paciente en sus dificultades. El deseo de reparación desarrolla en el agente una voluntad demiúrgica de salvataje y una visión del otro como una máquina cuyos engranajes se conocen bien y cuyo funcionamiento hay que mejorar; de allí el peligro de no escuchar la queja del paciente, y de contestar lateralmente a su demanda; la voluntad de formación puede resultar en la obligación para el enfermo de entrar en el marco preestablecido de la "buena forma" tal como la concibe el terapeuta: el deseo de dar a luz a otro y de hacer surgir sus potencialidades es susceptible de abrir las compuertas de sus pulsiones más destructoras de otros y autodestructoras. Todos esos modelos positivos tienen su reverso y su faz mortífera. Pero tras ellos puede perfilarse silenciosamente el esfuerzo por "enloquecer al otro", por contribuir a su disociación, por someterlo a intimidaciones paradójicas, que en el mejor de los casos acrecientan su perturbación, cuando no predomina el esfuerzo por hacer del otro un muerto. No es fácil engendrar hijos, y aun cuando lo que se quiere es dar amor, nunca hay seguridad de que la muerte no se oculte tras de su rostro, de que ese amor no esté envenenado y no impida al otro convertirse en un ser autónomo, capaz de deseo y de secreto. Todo individuo, y especialmente todo terapeuta, se encuentra en una situación de poder y puede ceder a la tendencia de abusar de él, aun cuando conscientemente sepa que debe resistir a ella. Entonces se convierte no en un padre que cumple el papel de referente, sino en un perseguidor negador y castrador de los otros, como el jefe de la horda que describe Freud, un ser que manifiesta su voluntad de posesión e instrumentación de los otros en una *filiación persecutoria* (P. Aulagnier, 1980).

IV. EL FUNCIONAMIENTO INSTITUCIONAL

Los fantasmas y proyectos de los terapeutas se inscriben en un funcionamiento institucional que concurre al despliegue del trabajo de la muerte. Tenemos que tratar de entender por qué "la muerte repercute" tan fácilmente "en esta voz extraña" de la institución.

La institución es un lugar donde se rozan diferentes tipos de asistentes, que ocupan jerarquías y roles teóricamente estabilizados y entre los cuales se anudan relaciones de poder. Mientras que en las organizaciones industriales los miembros son conscientes de la necesidad de cooperación y de las relaciones de fuerza instituidas que pueden resultar en momentos de ruptura, no sucede lo mismo con las instituciones.

1. La ideología igualitaria

Las instituciones viven bajo la égida de una ideología *igualitaria*. Cada uno de los operadores sociales (el analista, el educador, el maestro) tiene en su terreno una función terapéutica. Se trata de atender al niño, al adolescente, al adulto en riesgo, y cada miembro debe concurrir al trabajo común. La *cooperación* de los *iguales* se plantea pues como una *necesidad*. Pero no bien planteada, resulta desmentida. En efecto, cada especialista puede sucumbir al deseo de pensar que los progresos del atendido se deben únicamente a la *técnica específica* que emplea, dado que la acción de los otros no puede constituir sino una traba. Van a manifestarse celos y rivalidades respecto de las técnicas y de la pregunta: quién es el "propietario" del enfermo.

Las instituciones tienden a resolver esta pregunta creando sesiones de trabajo en común sobre los casos-problema, y sesiones de regulación de equipo, cuya finalidad es la resolución de los conflictos que podrían sobrevenir. Es hacer poco caso a los diferentes poderes que ejercen los diversos intervinientes: la palabra de algunos (por ejemplo de los psicoanalistas) puede tener más peso institucional que la de otros (por ejemplo, la de los educadores); la palabra de los antiguos (los fundadores) más que la de los nuevos. Así en un hospital psicoterapéutico se evocará la oposición entre la gente del "castillo" (los psicoanalistas y los psicólogos que trabajan en el edifico central) y la gente del "patio" (los educadores que se ocupan de los niños psicóticos en talleres que se encuentran en el patio). Estas relaciones de poder (que nunca pueden expresarse tal cual son: los psicoanalistas escuchan formalmente, con mucho interés, lo que dicen los educadores; los educadores escuchan, obligados, la palabra de los psicoanalistas que a menudo no entienden, porque

llega a ellos como palabra del poder, y como palabra teórica indiferente a los problemas concretos con que se encuentran y que niega valor a su trabajo) vuelven difícil, cuando no imposible, el tratamiento de los casos evocados. Estas reuniones dirigidas a "hablar los problemas" se convierten en rituales vacíos. Los miembros de la institución están ahí para hablar y hablan. Pero rara vez abordan los verdaderos problemas, porque si lo hicieran podrían resultar conflictos precisos, que pondrían en peligro la seguridad y la identidad de cada cual.

2. El fantasma de los primeros fundadores

En estos conjuntos merodea un fantasma: el de los primeros fundadores y la envoltura mítica que forjaron, permitiendo la fundación de la institución. Este fantasma desempeña un cuádruple papel:

2.1. Expresar que en el tiempo primordial, el del origen, existía un equipo cohesionado, sin problemas internos, que sabía lo que quería, porque lo movía un proyecto coherente: de ahí el ascenso de un sentimiento de *culpabilidad* en los nuevos que no llegan a mostrarse dignos de esos antepasados.

2.2. Mantener el *poder* de los fundadores, cuando están siempre presentes en la institución, y siguen presentándose y queriendo ser considerados como polos ideales y puntos de referencia identificatorios, aun cuando, teniendo en cuenta la evolución de la institución, el mito o la ideología que proponen tienen posibilidades de ocultar la realidad de la situación presente.

2.3. No *poner en discusión* el proyecto inicial que, si fuera analizado cuidadosamente, mostraría las fallas o las inconsecuencias que presentaba *desde su génesis*, y que son causa de las dificultades actuales. En el caso del hospital al que aludimos antes, los terapeutas se han dado cuenta de que el proyecto al que se referían había sido propuesto por dos individuos: el primero había abandonado la institución, porque no respondía a sus expectativas (así que uno de los padres fundadores era un padre que rechazaba); en cuanto al otro, que seguía presente en

la institución, no hacía otra cosa que hacer funcionar un proyecto del que no era autor (el segundo verdadero autor era un psicoanalista que de hecho ejercía un poder sumamente fuerte, pero que se había guardado muy bien de decir que había estado en el origen del proyecto). Un padre que rechaza, un "falso" padre, una madre oculta: eso es lo que nunca se habría podido expresar y pesaba sobre los miembros de la institución.

2.4. Por último, favorecer las historias, las leyendas, las contraverdades, los rumores más locos ("hay cadáveres en los placares") que por una parte atestiguan la presencia subterránea de una escena primitiva insoportable, reproducida con añadidos, de carácter dramático; por otra parte la perturbación de una serie de diferentes "crímenes" silenciados, que una vez evocados resultan irrisorios como acontecimientos, pero que sirvieron para dar una andadura trágica al conjunto de la vida institucional.

Todos esos elementos (culpabilización, poder, dificultad de cambio, falla inconfesada) hacen de la institución una gran máquina que experimenta grandes dificultades para abandonar el lugar de origen y preocuparse de los problemas cotidianos que tiene que resolver.

3. La autonomización de la vida fantasmática

Lo que de hecho es el producto histórico de las ideas, los sentimientos, los actos planteados por los miembros de la institución, no es reconocido como tal y termina viviendo una vida fantasmática autónoma, y constituyendo una envoltura al mismo tiempo protectora y angustiosa, que libera intimaciones a las que es imposible no obedecer.

Así es como la institución se convierte en un verdadero "artefacto" que guía la conducta de sus miembros. Estos se verán obligados a decir: "Acá no cabe emprender tal acción... el proyecto de la institución es el siguiente...", sin darse cuenta de que son los actores reales y de que la institución no es más que lo que ellos hacen. Por consiguiente, los individuos se sienten culpables cada vez que son creativos, porque tienen la sensación de transgredir valores sagrados a los que adhieren o temen. Las dos soluciones posibles que se les ofrecen son simples: u obedecen a la intimaciones vividas como externas (aun cuando a veces las han interiorizado); o eluden las normas y se comportan fuera de lo previsto, pero sin atreverse a decirlo, por miedo a ser negativamente evaluados: entonces se instala el *secreto*, un secreto pesado, siempre amenazado con el descubrimiento. Cuando hablen de lo que hacen, no solamente no van a decir la verdad sino que tenderán a insistir en los valores de la institución, para no ser sospechosos de *desviación*; en los partidos políticos, especialmente los de izquierda, es sabido que las personas que enuncian los discursos más maximalistas son las dispuestas a todos los compromisos (es célebre desde ese punto de vista un hombre como Guy Mollet, dentro del Partido Socialista). Los discursos van a ser entonces discursos de simulación, cuyo efecto es colocar al conjunto de los asistentes en una situación de desconfianza unos respecto de otros, dado que cada cual teme que la verdad de su acción quede al descubierto y que los demás se transformen en perseguidores; y sobre todo colocar a los pacientes en contradicciones insostenibles, porque éstos perciben, consciente o inconscientemente, las contradicciones entre los dichos y los actos, y se sienten atrapados en la mentira generalizada de la que los terapeutas los hacen, en mayor o menor grado, cómplices.

4. Efectos de la clausura del sistema

La institución, en tanto estructura cerrada, segrega todos los elementos inherentes a los sistemas cerrados: la repetición de las conductas, el ascenso de la burocracia (la multiplicación de las normas, procedimientos, convenciones y sus corolarios: la ausencia de iniciativa, la necesidad de seguridad y de elusión de responsabilidad, así como la habilidad para eludir las normas y la perversión del funcionamiento), y al fin de cuentas la tendencia radical al aumento de la entropía, y por consiguiente a la desorganización y a la muerte. La tendencia a la reducción de tensiones es una característica central de este tipo de institución, en la medida en que la evocación y el tratamiento de los problemas podrían implicar niveles de "tensión intolerables". La tendencia a reducir las tensiones al estado cero se traduce en el agotamiento de la institución, en la imposibilidad de articular lo ideal de lo real, en la dispersión de esfuerzos, cuando no en su

anulación, en la proliferación de actos desprovistos de sentido que condenan todo intento de construcción de un mundo donde lo imaginario puede desplegarse, la carrera al apocalipsis gozoso y a la catástrofe compartida. Si una organización viviente es la que puede enfrentar los desafíos internos y externos, acoger el sentido que circula en ella y dar sentido a lo que hace, la organización mortífera es la que al hacer las conductas no jerarquizables, totalmente conflictivas pero no tratables o, por el contrario, conflictivas y no significativas, culmina en el silencio del deseo, en el odio de todo deseo, y en la instauración de un proceso de descomposición al que todo el mundo concurre, lo quiera o no. El hecho de que ese proceso logre sus fines solamente mucho tiempo después de su aparición, no desvía a la institución de su atractivo por un "interminable fin". En el período en que crea vivir o estar en estado de remisión, será invadida por metástasis que terminarán haciéndole abandonar su situación de muerto viviente por la de una institución desaparecida. Una institución asistencial muestra una peculiar vulnerabilidad para ese proceso, porque no puede eludir el problema de la vida y la muerte psíquica o física de sus pacientes. Le resulta más fácil sucumbir a los encantos mortíferos que la constituyen que luchar contra la fascinación de la nada.

5. La utilización de los pacientes por quienes los asisten

La relación que el colectivo de asistentes entabla con sus pacientes está naturalmente moldeada por la relación que entablan con su institución. Dado que pueden ser presa de la repetición, el secreto opaco, la culpa y la rivalidad, pueden ceder a la tentación de usar a los pacientes para expresar sus necesidades narcisistas y consolidar una identidad continuamente amenazada. Se les ofrecen dos "estrategias":

a. No hablar del objeto de su trabajo o hacerlo hablar a su manera, sin correr riesgos.

b. Utilizar directamente a los pacientes para regular los propios problemas de grupo.

En algunos se aplicará sólo una de estas estrategias, en otros las dos, porque pueden apuntalarse una en otra.

5.1. Los que asisten pueden obligar a los asistidos. En ocasión de las intervenciones que hemos hecho en hospitales psiquiátricos o centros de reeducación, pudimos asistir a muchas reuniones donde los participantes discutían teorías analíticas, prácticas educativas, la necesidad de referirse a la ley, pero en cambio no hablaban prácticamente nunca de los pacientes, de su sufrimiento específico y de la relación que el equipo terapéutico establecía o debía establecer con ellos. Si los mencionaban al azar, era para sustituir con su palabra la de los enfermos, para plantearse como voceros de su demanda, sin que ella nunca pudiera expresarse con su cortejo de angustias y de violencias en un lugar público donde la palabra fuera esperada y escuchada.

Cierto que el panorama no es siempre tan negro. En algunas instituciones las sesiones de análisis y regulación de equipo permiten analizar y tratar los problemas vividos por los enfermos, se construyen espacios donde el intercambio de palabras favorece la instauración de un nuevo vínculo simbólico que abre a los pacientes la posibilidad de anclar en la realidad y, por eso mismo, un camino hacia la curación. Decimos simplemente que esos casos no son poco frecuentes. Cuando eso se produce, es señal de la circulación de un flujo vital en la institución y de una derrota temporaria del trabajo de zapa de la pulsión de muerte.

La dificultad para hablar de los enfermos o para hacerlos hablar por parte de quienes los atienden, está vinculada no solamente a su defensa contra toda herida narcisista sino también a la presencia insistente, ya señalada, del fantasma de la muerte física y psíquica. Cuando la locura, o al menos la explosión arcaica, constituye la "normalidad", el sistema cultural falla, las prohibiciones y las estructuras se vuelven frágiles: las relaciones de fuerza, que ponen en juego los cuerpos y las psiques, son susceptibles de prevalecer sobre las relaciones donde se respeta la alteridad del otro. De hecho, cuando un grupo funciona bajo la égida de la relación de fuerza, nunca está lejos de la muerte, física o mental.

Todo el mundo está expuesto a la muerte.Quienes atienden a los enfermos no están a salvo. Pueden ser agredidos física y psíquicamente por sus pacientes, de cuya locura tienen miedo, tanto más cuanto que la diferencia que estos últimos expresan les parece monstruosa y capaz de desquiciarlos, porque se concreta en un ataque contra los vínculos (W.-R. Bion, 1959) (intentos de

suicidio, actos de delincuencia, *acting-out*), que los coloca en una situación en que se sienten destruidos en su acción y en su ser. La violencia puede producirse también en el caso inverso, dicho de otro modo, cuando hay relaciones de confianza entre los miembros del equipo asistencial y los pacientes (Ph. Jeammet, 1985). Todo sucede como si estos últimos, al reaccionar contra el riesgo de posible penetración de su psique, implícita en una proximidad excesiva entre ellos y quienes los atienden, no pudieran externalizar su angustia y su protesta sino de modo explosivo. Esta violencia indica que un objeto externo, por bueno que sea, sigue siendo una amenaza para la psique de cualquier sujeto. También los cuidadores pueden estar fascinados por la enfermedad de sus pacientes, y entrar en colusión con su delirio. Al querer ayudarlos, pueden ser manipulados por ellos y emprender por eso mismo acciones irreflexivas, que pueden amenazar su equilibrio: no hay paciente, por delirante que sea, que de algún modo no entienda la seducción que puede ejercer sobre su terapeuta. El "anormal" suele saber que enuncia en voz alta lo que el terapeuta podría tener ganas de decir, aquello de lo que no se atreve a tomar conciencia, que expresa una capacidad para transgredir lo prohibido que existe en todo ser humano, dado que, como dice Freud, "todas las sublimaciones no bastan para eliminar la tensión pulsional existente" (S. Freud, 1920, pág. 87) que exige satisfacción. Ya advertimos que las personas más en riesgo son los pacientes. Sin embargo, quienes los atienden se sienten en peligro, y con razón, y tratan de poner en práctica mecanismos protectores.

5.2. Los que cuidan pueden utilizar a los pacientes para arreglar sus problemas. Las relaciones de poder instituidas que existen en el equipo pueden modificarse o modularse gracias al poder que ejercen de modo real o ficticio algunos miembros, jerárquicamente ubicados en posiciones subalternas, sobre algunos enfermos. En un establecimiento terapéutico cada persona, desde el psicoanalista al educador, desempeña una función terapéutica. Todos pueden estar en condiciones de funcionar como "máquinas de influenciar" (Tausk) que tratarán de modificar el comportamiento de los asistidos de manera diferente y contradictoria. Algunos van a ejercer más influencia que otros, o bien, al hacer

hablar a los enfermos, pondrán por delante la preferencia que los enfermos expresan respecto de ellos. Los enfermos, que viven directamente las contradicciones en el modo como se ocupan de ellos, pueden costear conflictos de status, de referencias teóricas, de perspectivas de acción, de personalidades. Testigos de las divergencias, se convierten en árbitros, manipulados y manipuladores, de la situación. Al vivir una situación contradictoria, colocados en una situación que los enloquece y con la que nada pueden, corren el riesgo de verse atrapados en un proceso de fragmentación y no de construcción, porque no están sostenidos en su experiencia por una ley organizadora, sino que experimentan directamente en su psique y en su cuerpo la violencia de la fragmentación institucional, encarnada en la rivalidad y la afirmación narcisista de sus miembros.

6. La institución sometida al proceso de contagio de la locura

Freud, Redl, Bion y más recientemente los analistas de grupo, describieron y analizaron los sentimientos colectivos y emociones de ese grupo. Retengamos un solo aspecto de sus trabajos: un grupo no puede existir como tal si no se ponen en marcha fenómenos de identificación con una o varias personas centrales que encarnan un ideal, de proyección de las pulsiones amorosas (y agresivas) sobre el líder o sus lugartenientes, de derivación de la agresividad hacia chivos emisarios. La institución se coloca entonces bajo la amenaza constante de la aparición de un fanatismo de grupo.

Ahora bien, podemos constatar la frecuencia de la focalización de la vida afectiva e inconsciente de la comunidad sobre el individuo o los individuos más extravagantes, más peligrosos, más delirantes (sea que provoquen amor o repulsión). El paranoico, dotado de una lucidez temible en la medida en que oye, sin quererlo, el discurso inconsciente (los afectos reprimidos, las emociones prohibidas, las palabras susurradas), en la medida en que da respuestas falsas a preguntas verdaderas (M. Enriquez, 1974) y en que se siente portador de una misión salvadora; el perverso que invita a todos a seguir la ley de su deseo y a transgredir las leyes estructurales consideradas como normas arbitrarias y represivas; el histérico que tiende a erotizar el conjunto de

las relaciones sociales y que, por su aptitud para la dramatización, desquicia el equilibrio sexual-relacional de todos; todos pueden asumir la función de líder y crear sentimientos colectivos de los que nadie logra desprenderse: ni los asistentes, que pueden ser hechizados por esos individuos excesivos e identificarse con ellos, ni *a fortiori* los asistidos, atrapados en la atmósfera mórbida con tanta mayor facilidad cuanto que están menos protegidos contra ella que los asistentes, y tanto más sensibles a la violencia pulsional de los líderes cuanto que éstos encuentran en ellos un eco privilegiado.

La elección de este tipo de individuos como persona central se explica fácilmente: son los individuos más desrealizantes, portadores de un mensaje de lo imposible, iniciadores de transgresiones, que se sitúan entonces afuera de lo común, en una posición de "soberanía" (G. Bataille, 1957), de narcisismo desmesurado y de indiferencia cuando no de desprecio por los otros; son los individuos que se presentan como *mitos encarnados*, como magos que sostienen las pulsiones y los fantasmas más arcaicos, y que anuncian la transmutación de los sueños en realidad, que siempre tienen más posibilidades de generar la creencia. En efecto, se dirigen *directamente* al inconsciente de cada cual y por consiguiente a su búsqueda de inmortalidad, de transgresión, de afirmación de un narcisismo que evacua el problema del otro.

Una institución, atraída a ese camino temible, puede "estabilizarse" en un funcionamiento neurótico o psicótico que se convierte en la cultura a la que cada cual pertenece, y en ideal común. La locura colectiva tendrá grandes posibilidades, no solamente de mantenerse sino también de ser llevada a su culminación. Generada por una persona central (o por un grupo), pertenezca esa persona o grupo a la categoría de los asistidos o de los asistentes, alcanzará a los diversos miembros de la institución en lo más íntimo de ellos mismos, y aumentará la cohesión mortífera y paradójicamente "fragmentadora" del conjunto. Sin embargo, si se realiza un esfuerzo de análisis, las instituciones pueden ingresar en un trabajo de elaboración y escapar a esa posesión totalizadora. Pero tienen que tomar conciencia de que el tratamiento de ese funcionamiento "directo" va a implicar reacomodamientos profundos a operar en la economía psíquica,

tanto de los sujetos como de la comunidad. Es verosímil pensar que algunos miembros no van a poder soportar la desaparición de los síntomas que los protegían y a los que se habían acostumbrado. Así que las instituciones, en virtud de esa obra de cura común, pueden poner en peligro a algunos de sus miembros, y hacerlos caer en una locura individual, irreductible, ahora que la locura colectiva ya no sirve de mampara, ni actúa como escudo contra las excitaciones. La muerte pondrá su sello en el lugar mismo donde parecía derrotada.

V. EL ROSTRO AMABLE DE LA MUERTE

Al término de este estudio, es oportuno replantear el problema que mencionábamos al comienzo. ¿Y si el trabajo de la muerte no desembocara solamente en la reducción de la tensión al estado cero, en el aumento de la desorganización y de la entropía, en la aparición de emociones generadoras de rupturas y de poder violentador? ¿Y si la pulsión de vida a la que se recurre no significara necesariamente identidad, invención, historia común? Este texto no puede aportar una respuesta precisa a tales preguntas. Para proponerla con pertinencia verosímil, hubiéramos necesitado tratar por igual los avatares y los efectos de la pulsión de vida, lo que hubiera exigido un trabajo del mismo orden que éste. Pero hay que indicar algunas perspectivas aunque sean alusivas, para que estas páginas funcionen como apertura a otras reflexiones.

1. La pulsión de vida al servicio de la muerte

La pulsión de vida en su actividad de vinculación y de creación "de unidades cada vez más grandes" (Freud) puede traer, al favorecer las identificaciones mutuas, la construcción de una cohesión defensiva, de procesos fusionales, de comportamientos homogéneos, esto es, contribuir al acrecentamiento de la entropía. En las instituciones, la pulsión de vida (Freud lo subrayó insistentemente) se dirige a favorecer la instauración de vínculos amorosos de tipo homosexual o al menos unisexual, inhibidos en cuanto a su fin (1921), que da fuerza a la institución pero impide

reconocer en su seno la función de la diferencia de los sexos, dicho de otro modo, del indicio más radical de la *alteridad* y de la sexualidad directa. De modo que la institución no vive de amor (que implica al otro en tanto otro, y que puede desempeñar una función negativa en la construcción del vínculo social) sino solamente de amor canalizado y sublimado en actividades prescriptas por la institución, y que sirven para fijarla y reproducirla. La pulsión de vida (al menos en los aspectos mencionados) actuaría sin saberlo al servicio de la pulsión de muerte.

2. *El trabajo de la pulsión de muerte en el origen de procesos vivientes*

2.1. Al nivel individual

a. La aceptación de la muerte presente en nosotros, la conciencia del carácter ineluctable de su trabajo de zapa, la aceptación de la temporalidad irreversible que no podemos sino suscribir y nos impide creernos inmortales, parecidos a los dioses, o empeñarnos en la búsqueda de la inmortalidad de los héroes, hace de cada uno de nosotros un individuo empujado a ser inventivo y a dejar su huella, por pequeña y furtiva que sea, en el mundo. Si fuéramos inmortales o si no aceptáramos que somos mortales, todo daría igual. No abría ninguna razón para realizar una acción y no otra, dado que el tiempo inmóvil sería susceptible siempre de tomarlo en cuenta. Porque sabemos que lo pasado ha pasado irremediablemente, que lo perdido está irremediablemente perdido (ninguna magdalena podrá nunca más procurarnos el goce del que sentimos nostalgia), que el origen de nuestros primeros instantes seguirá siendo siempre un enigma plantado como una astilla en nuestro corazón, podemos tener ganas de luchar contra el tiempo que pasa, de "dar un sentido más puro a las palabras de la tribu" (Mallarmé), o de forjar palabras nuevas, tejer relaciones que, por efímeras que sean, van a dibujar la figura de nuestro ser. Figura en movimiento, inestable, a menudo incoherente, atrapada en el flujo y el reflujo, figura amada, admirada, detestada, rechazada, pero al final de nuestro recorrido figura única, cuyas referencias describirán los escoliastas del futuro, si existen, gracias a la ilusión retrospectiva. Es por

la familiaridad con la muerte, por la meditación sobre la muerte y la finitud, que el ser viviente puede acceder al orden de lo viviente: creador sin ser paranoico, transgresor sin convertirse en perverso, apasionado sin impulso histérico, animado por una idea fija sin caer en la neurosis obsesiva. Y además creyente de lo que hace, sin ser "un secuestrado de la creencia" (C. Roy, 1978), con un ideal sin tener necesidad de un ídolo (R. Kaës, 1980*b*), encantado por las ilusiones pero no capturado por ellas. Simplemente hombre, presa de un tejido relacional donde respira y al que hace vivir.

b. Hegel nos había prevenido: vivir implica siempre una lucha por el reconocimiento. Quien dice lucha por el reconocimiento (de sus deseos, de su identidad, de su fuerza), dice violencia, donde se encuentra presente la posibilidad de nuestra muerte y de la de los otros. Pensemos en el compromiso total de Freud en la enunciación de las ideas y métodos que estimaba pertinentes, y tendremos una representación bastante clara de lo que puede significar la lucha por el reconocimiento. Freud podía dejar en ella su vida, su razón (como decía Van Gogh: "Arriesgo mi vida en mi trabajo, y en él mi razón se fundió a medias") y sus apegos. Y sin embargo (como los otros "creadores de historia") no vaciló. En esa lucha (calificada como lucha a muerte de puro prestigio por Kojève, 1947) también está comprometido el otro. Puede sufrir una derrota irremediable. Las relaciones sociales no son idílicas, rara vez son de cooperación. Pero puede defenderse, si él mismo tiene una causa (no idolatrada) a la que entregarse. Es bueno que así sea. Si no lo social, excesivamente proclive a ello, no sería más que el lugar de los compromisos, de las aproximaciones, de las negociaciones manipuladas. La lucha arranca entonces a cada cual de su cotidianeidad, de su monotonía, de su mezquindad. Si cada cual puede perderlo todo, la victoria se hace por eso más gratificante. "La guerra hace interesante la vida" (S. Freud, 1915, pág. 29). Hacemos nuestra esa frase, dándole un sentido preciso: la guerra franca, directa, a cara descubierta, donde cada cual sabe que arriesga todo. En cuanto a las guerras de las naciones, sólo ofrecen una caricatura de esa lucha por el reconocimiento, que es la marca del advenimiento de la conciencia de sí, como lo mostró Hegel.

c. Sin el trabajo de la muerte, por último, el hombre tendría escasas posibilidades de cuestionarse, de deshacer sus vínculos (a veces esenciales) largamente tejidos, de provocar rupturas dentro de sí mismo. Todo trabajo sobre sí es un trabajo doloroso donde el hombre toma conciencia de lo que pierde sin estar seguro de ganar y sin poder comprender, si ése es el caso, lo que va a ganar. Pero, en efecto, "paradójicamente cuando el individuo ya no tiene miedo de perderse es cuando tiene más posibilidades de alcanzar realmente lo que es" (M. de M'Uzan, 1977, IX). Cuando el hombre acepta sus inconsecuencias, sus incoherencias, contradicciones, conflictos, incluso sus fracasos, cuando vive esta experiencia todo lo que es posible vivirla, sin caer en el "des-ser" mortífero, cuando hay "caos en él", cuando es capaz de reconocerlo y afrontarlo, tal vez entonces, según la frase de Nietzsche que habíamos mencionado, pueda "dar a la luz una estrella que danza". Para lo cual el individuo denominado normal, acorazado en sus certezas, será definitivamente inepto.

2.2. *Al nivel colectivo*

No hay una distinción rígida entre nivel individual y nivel colectivo. La triple posibilidad enunciada: aceptación de la muerte, lucha por el reconocimiento, cuestionamiento, puede manifestarse en las instituciones. Claro que ellas van a tender a negar la muerte (ésa es su naturaleza), a enmarcar la lucha por el reconocimiento en estructuras de poder, a minimizar los cuestionamientos fundamentales; sin embargo, no pueden trabar por completo su acción sin condenarse a decaer. Por nivel colectivo simplemente queremos indicar la presencia de otro proceso respecto de los ya mencionados y que es específico de la institución: el proceso de disgregación que la afecta desde su origen. Ese proceso contiene en germen la descomposición de la institución. Lo hemos mostrado. Pero también combate el exceso de vinculación de la pulsión de vida bajo su vertiente negadora de la alteridad radical y creadora de una forma estable (N. Zaltzman, 1979). El trabajo de la muerte, en la medida en que desvincula lo que está fuertemente vinculado y se ha convertido en resistencia compacta, en la medida en que quiebra las identidades defensivas y sacude las estructuras establecidas, en que obliga a ver problemas allí donde sólo se percibían conductas adaptadas, condena a la institución a identificar sus problemas, a intentar tratarlos, a exigir conductas nuevas a sus miembros y enfrentarse a lo imprevisto en ellos y en los otros. La muerte se presenta entonces bajo el rostro de la desestructuración-restructuración, de la autorganización de la angustia compartida y superada.

Cada vez que una institución experimentó una crisis, o fue atravesada por el miedo a recaer en lo informe, o dio libre curso (sin negación) a la agresividad de los individuos, cada vez que supo que podía morir y se preparó para esa eventualidad, en realidad se dio los medios para continuar viviendo. Naturalmente, muchas instituciones no pudieron superar ese estadio de dislocación y sucumbieron. Sin duda no merecían seguir viviendo, tanto más cuanto que no se puede alegar válidamente ninguna razón para mantener cueste lo que cueste una institución que se desmorona (en cambio, si se trata de un ser humano, el problema puede y debe plantearse). Pero cuando pudieron hacer de estas dificultades el emblema de su renacimiento, cuando pudieron bordear el abismo y mirarlo de frente, sintieron que las azotaba el viento de altamar y pudieron seguir abriéndose, con más humor e ironía, por consiguiente con más lucidez, la ruta que se habían trazado, o encontrar nuevos caminos donde comprometerse.

Entonces, "Muerte, ¿dónde está tu victoria?" Al final de este periplo, la única conclusión posible es la siguiente: el trabajo de la muerte se confunde con el trabajo de lo negativo, pero lo negativo tiene dos rostros: el de la destrucción, signo del odio por la forma viviente, y el de la destrucción de la unidad-identidad, signo de amor por la variedad. Las instituciones, y en especial las asistenciales, obsesionadas por la muerte psíquica, corren el peligro de no ver en Tánatos, a fuerza de querer evitarlo, más que su faz demoníaca real y a darle todo el campo a investir. Sin embargo, si aceptan no "espantarse ante la muerte" y "mantenerse en ella" (Hegel), tienen la posibilidad de hacer surgir la vida o de encontrarla en el "yermo país" donde nada hubiera hecho sospechar su presencia.